

Hoggart, R., "Ellos y nosotros", *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Grijalbo, México, 1990 [1957]: 79-100.

79 - 100

III. "Ellos" y "nosotros"

"Ellos": "Uno también tiene dignidad"

Se supone que la mayoría de los grupos sociales deben su fuerza a su exclusividad; es decir, al sentimiento de que los demás son diferentes a "nosotros". Para indicar la forma en que este sentimiento se expresa entre la clase obrera, he hecho énfasis en la importancia del hogar y del vecindario; esta cohesión en ocasiones engendra el sentimiento de que el mundo de "los otros" es extraño y a menudo hostil; que tiene todos los elementos de poder y que es difícil de afrontar. Para la clase obrera, ese mundo es el de "ellos". "Ellos" es una figura multifacética, personaje compuesto por la transposición urbana de la antigua forma de relación entre el señor y el campesino. El mundo de "ellos" es el de los jefes, ya se trate de individuos del sector privado o de funcionarios.

Según la ocasión, la denominación "ellos" puede extenderse a los miembros de cualquier otra clase social, a excepción de aquellos que los obreros conocen personalmente. Si un médico general llega a ganarse el aprecio de sus pacientes, ya no será uno de "ellos"; sin embargo, tanto él como la esposa de éste, como entes sociales, sí lo son. Cura o pastor podrá o no ser considerado de "ellos", de acuerdo con su conducta. Este término incluye a los policías y a los servidores públicos o autoridades locales, a los maestros, trabajadores sociales y jueces. Hubo un tiempo en que el director de la oficina de desempleo y los trabajadores sociales eran un ejemplo típico de ese mundo. Sobre todo entre los más pobres, "ellos" constituyen un grupo nebuloso, numeroso y poderoso, que afecta sus vidas en muchos aspectos. El mundo se divide en "ellos" y "nosotros".

"Ellos" son "los que están arriba"; la "crema y nata", quienes te pagan la incapacidad, los que te multan, los que te

mandan a la guerra, los que “pueden más que tú” y ocasionaron, en los años treinta, que las familias se dividieran, a fin de evitar que se redujera el subsidio del gobierno. “Ellos” no son confiables; hablan sólo estupideces y “son todos doble cara”; “jamás te informan cómo está el pariente hospitalizado”; “están confabulados”, “te despreciarán siempre” y “te tratarán como si fueras basura”.

En Inglaterra, las autoridades han actuado con mucha violencia, especialmente durante la primera mitad del siglo XIX; no obstante, en este siglo, “ellos” ya no tiene una connotación violenta. No es el “ellos” del proletariado de algunos países europeos, de la policía secreta, de la brutalidad manifiesta y de las desapariciones repentinas. Sin embargo, existe, con cierta razón, el sentimiento entre la clase obrera de que a menudo están en desventaja; de que la Ley está más bien en su contra y que pesa más sobre ellos que sobre otros grupos. Consideran que es más peligroso acercarse al corredor de apuestas de la esquina que al “agente oficial”. Si tienen una celebración y se emborrachan (sus celebraciones son generalmente en los bares públicos), corren más riesgo de ser detenidos que el burgués que se embriaga en su casa. Sus relaciones con la policía son bastante diferentes de las de la clase media. A pesar de que no son precisamente malas, ven al policía como a alguien que los vigila; que representa a la autoridad que los acecha, más que como un funcionario público que trabaja para ayudarlos y protegerlos. Como conocen a la policía de cerca, saben de las amenazas y corruptelas que existen en algunos casos. “¡Bah!, los policías siempre ven por ‘ellos’, los apoyan a morir, y los magistrados siempre les creen”, han dicho durante años, y lo siguen diciendo.

Generalmente, la actitud hacia “ellos” y hacia la policía no es tanto de miedo como de desconfianza; desconfianza acompañada de la falta de ilusiones acerca de que “ellos” puedan ayudar, y por la manera tan complicada (aparentemente innecesaria) en que ordenan sus vidas cuando algo les afecta. Los obreros saben por experiencia que no se benefician de los servicios públicos con la rapidez y eficiencia con que lo hacen quienes saben hablar por teléfono o escribir una carta solemne.

Sus contactos son a menudo con personal de bajo rango, tanto entre los uniformados como entre la burocracia. Para los miembros de otras clases sociales, éstos son verdaderos servidores; no obstante, para la clase obrera, son agentes de “ellos” y dignos de la

mayor desconfianza, aunque sean amables o tengan buenas intenciones. Si no son amables, pueden actuar con toda la insolencia del burócrata de quinta categoría, la brusquedad del uniformado y como si fueran “hombres del jefe”. Por esto, si a un obrero se le asigna el puesto de capataz o de contra maestro, dudará antes de aceptar, pues lo considerarán del lado de “ellos”. Algunos empleados menores tienen una actitud doble: suelen ser altaneros con los obreros porque les gustaría sentirse más apartados de ellos, ya que en el fondo saben la poca distancia que los separa, y no quieren volver a caer en la escala social. Su deferencia hacia la clase media puede ocultar cierta animadversión: les gustaría ser parte de ella, pero saben que esto no es posible.

Las mujeres se sienten especialmente incómodas frente a los funcionarios menores, por lo que generalmente se muestran más respetuosas que los hombres. Es más probable que un hombre se rebele y se porte verdaderamente “vulgar”, y si es llevado a extremos, que amenace con “romperle la cara si no deja de fastidiar”.

Quizá no haya mejor ejemplo de esta división entre “ellos” y “nosotros” que una sesión de tribunal de la región del norte de Inglaterra.¹ La atmósfera tiene un aire de puritanismo pulido y provincial; desde el hedor a formol que se percibe desde la puerta, y que sale de los baños con letreros de “Hombres” y “Mujeres”, hasta la inmensa banca de pino con brea, iluminada por altas y angostas ventanas. Probablemente los policías se sientan nerviosos bajo la mirada de oficiales superiores, pero la gente de clase obrera los ve como una amenaza a sueldo “más amenaza porque están en su propio terreno, sin cascos”, como agentes de esa autoridad anónima que simboliza al tribunal. El ayudante del magistrado acostumbra intimidar un poco a la gente, y los miembros del jurado miran desde su mundo distante de seguridad clasemediera y de importancia local. Después de haber presenciado una serie de juicios, no puedo dejar de admirar cómo el jurado logra aclarar un caso a partir de las declaraciones inconsistentes y evasivas de los testigos de clase obrera; corresponde siempre a los jueces descubrir los atenuantes, ya que los acusados están más preocupados por el inmenso aparato de autoridad que los ha detenido y que les resulta incomprensible.

¹Hago referencia a un artículo mío publicado en el *Tribune* el 4 de octubre de 1946.

A estas actitudes hacia "ellos" habría que añadir una o dos menos importantes, aunque recurrentes. En primer lugar, el espíritu de "Orlick",* esa actitud de "pues ya ve que yo no soy un caballero"; actitud que no acepta más que el propio estilo de relacionarse con los demás. La otra es esa falsa humildad que acompaña algunos gestos de deferencia, ese obvio nerviosismo frente a alguien de otra clase, que se traduce en un exceso de "sí, señor", pero que, en su misma obviedad, demuestra que se trata de un juego de desprecio, en el que se utiliza el desagrado que el burgués tiene por las escenas en público, para sacar alguna ventaja. También es posible encontrar la actitud de renuncia, reflejada en un interminable: "ellos deberían". Cual reyes primitivos, ellos deberían traer la lluvia cuando fuese necesario, y son los culpables de que ésta venga fuera de tiempo; después de todo, "para eso están". Deben ayudar cuando uno está en problemas, "hacer algo", "vigilar para que eso no suceda", "encerrarlos". Esta actitud, que es la de los más desfavorecidos, es radicalmente opuesta a la que se encuentra generalmente entre la clase obrera, que sólo recurre a los "otros" como último recurso. Si las cosas salen mal, no queda más remedio que soportarlos, pero es mejor no ponerse en manos de la autoridad y, de ser posible, confiar sólo en los de la misma clase.

El antagonismo entre "ellos" y "nosotros" se refuerza sobre todo en los que tienen más de treinta y cinco años, entre quienes aún recuerdan el desempleo de los años treinta y las actitudes que "ellos" tuvieron en aquel entonces. La gente más joven, aunque participe activamente en la vida sindical, vive una atmósfera diferente a la de sus padres; y aunque persiste la división, se han limado un poco las asperezas. Los jóvenes tienden a ser menos hostiles o temerosos hacia el mundo de los "patrones" y mucho menos respetuosos. Esto se debe a la cantidad de diversiones que hay para ellos hoy día; sin embargo, cuando tienen que entrar en contacto con ese mundo, como suele suceder después del matrimonio, a menudo siguen pasándolo por alto, o repitiendo las mismas actitudes de sus padres. Pregúntese, por ejemplo, cuántas madres que asisten a una clínica infantil utilizan todos los servicios que allí

*Personaje de *Great Expectations* (Grandes ilusiones), de Charles Dickens, quien hacía gran alarde de su falta de pulimento social. (N. de la T.)

se proporcionan. Conozco a quienes ni siquiera se "acercan" por ahí. Desconfían de los medicamentos que se proporcionan gratuitamente y prefieren ir a la farmacia a comprarlos, aunque tengan que gastar mucho dinero.

Los miembros de la clase obrera recurren a menudo a medios simbólicos para escapar del peso de la autoridad. Me refiero, por ejemplo, al arte popular de "satirizar" a la autoridad; cómo la desmitifican, la señalan y la vacían de toda pomposidad. Quizá un policía constituya un problema, pero también se le pueden hacer canciones sobre sus pies. Creo que, en la actualidad, esta reacción es menos fuerte que antes; sin duda, por los logros sociales que ha obtenido la clase obrera, pero también por ese sentimiento de "estamos muy bien así"; si no se les pide casi nada a "ellos", no caben motivos de resentimiento. Además, la multiplicidad de diversiones que se ofrecen actualmente, quitan a sus consumidores la probabilidad de hacer protestas irónicas, que son la base de la sátira.

Las viejas costumbres persisten en el ejército, donde la división entre "ellos" y "nosotros" es aún clara y formal. La mayoría de las canciones satíricas que se escuchan tienen por lo menos veinte años. Recuerdo algunas como: "Partí, partí, yo tenía trabajo cuando partí." "Cuando termine esta maldita guerra." y "No quiero ser soldado." Se siguen dando como una manifestación contra las presiones del mundo de los "otros", lo que se ve claramente en la afirmación de que "uno tiene su orgullo". La noción de autoestima, o sea, el que uno pueda valerse por sí mismo, tiene en ese medio una vasta gama de actitudes y expresiones. La noción de "respetabilidad", va desde la mueca de orgullo del obrero calificado, hasta la integridad moral de quienes no tienen nada, excepto la determinación de no dejarse abatir por las circunstancias. En el fondo, persiste la resolución de aferrarse a aquello de lo que se sienten orgullosos; en un mundo tan lleno de escollos, por lo menos tienen su "amor propio". Y es este amor propio, mezclado con cierto odio, el causante de que les aterrorice "ir a parar al hospicio", y de su preocupación por pagar grandes cantidades en seguros, para evitar que los entierren en la fosa común. Algunos escritores de clase obrera consideran que quienes tienen la meta del ahorro y la limpieza "por imitación de la clase media baja", están traicionando a su propia clase, deseosos de salir de ella; y a quienes no tienen estas metas, como más honrados o

menos serviles. Sin embargo, la limpieza, el ahorro y la autoestima derivan más de la preocupación de no sucumbir a las presiones del medio, que de la preocupación por subir. Incluso el interés de que los hijos “salgan adelante” y el respeto por “los libros” no se deben al esnobismo de querer pertenecer a otra clase social, sino al deseo de demostrar que, a pesar de la pobreza, se pueden lograr muchas cosas

“Cuán angosta es la brecha, cuán leve la posibilidad” de mantener el barco a flote y poder “mirar a la gente de frente”. Por esto es importante conservar esa independencia que surge del respeto por uno mismo; porque eso nadie lo puede quitar. “He trabajado duro toda mi vida” y “no le debo nada a nadie”, dirá un obrero. De hecho, no poseen casi nada, a excepción de unos cuantos muebles desvencijados; pero, de cualquier manera, nunca esperaron tener más. De ahí las aparentes incongruencias, especialmente en quienes pasan de los cincuenta años. Conozco a varias familias que han preferido seguir con el suministro eléctrico mediante el sistema de colocar una moneda en el depósito, aunque paguen mucho más o con frecuencia estén a oscuras porque nadie tiene un chelín a la mano. Tendrían el dinero suficiente para pagar el servicio trimestralmente, pero no soportan la idea de tener deudas por más de una semana. (Esto no sucede con las cuentas del club de vestido o de la tienda de comestibles, que caen en otra categoría, porque no las consideran deudas con “ellos”.)

Este es también el origen de que se aferren, pese a la estrechez económica, “a lo poco que tienen”, ya que les recuerda mejores tiempos. Sin duda este sentimiento se ha debilitado, pero, cuando era yo niño, nos escandalizaba la torpeza del trabajador social que le sugirió a una anciana que, en vez de vivir de la caridad, vendiera la hermosa tetera que nunca utilizaba. “¡Imagínate!”, comentaban todos, y ya no era necesario analizar más las cosas. Todos sabían que aquel hombre había cometido una afrenta contra la dignidad humana...

“No le des a la naturaleza más de lo que necesita, la vida del hombre vale tan poco como la de una bestia.”²

Es comprensible que el pueblo de la clase obrera a menudo le resulte bastante “absurdo” a los trabajadores sociales, ya que la evasividad de sus respuestas sirve más para confundir que para aclarar. Detrás de la frase: “me guardo mis cosas para mí”, existe

²Shakespeare, *El rey Lear*, Acto II, escena 4.

a menudo un orgullo herido. Es difícil para un visitante de otra clase social imaginar los vericuetos de la problemática individual, por eso existe la preocupación por “no soltar prenda”, por defenderse de la dependencia. Por esto también es importante “tener un oficio”. Hasta hace muy poco, el obrero calificado no ganaba mucho más, pero podía decir, con más seguridad, que “era tan bueno como el vecino”. Además, no está sujeto a los impactos de los recortes laborales y aún mantiene ciertos resabios del orgullo del artesano. Aunque con toda seguridad nunca piense seriamente en cambiar de trabajo, en el fondo sabe que tiene la libertad de empacar sus cosas y marcharse. Todavía hoy, los padres que quieren “ayudar” a sus hijos, los envían de aprendices de un oficio.

“Nosotros”: Aspectos positivos y negativos

Es cierto que los miembros de la clase obrera tienen el fuerte sentimiento de pertenecer a un grupo, y que esto es lo que hace que le den tanta importancia a las buenas relaciones con el vecindario, a la camaradería y a la cooperación: “Todos estamos en el mismo barco”; “no tiene objeto pelear unos con otros”, sino considerar que “la unión hace la fuerza”. No es posible dejar de pensar en los movimientos del siglo pasado, en los cientos de sociedades “de amigos”, en los lemas de los sindicatos: la Sociedad Unificada de Mecánicos, con el lema de “Trabajemos unidos”; el Comité Provisional de la Unión Nacional de Trabajadores del Gas y Trabajadores Generales, que a fines de los años noventa escogieron el de “Amor, unión y fidelidad”.³ El “amor”, en última instancia, recuerda la fuerza que este sentido de unidad adquirió de su formación cristiana.

La tradición de la camaradería parece derivar de su fuerza inicial de la cotidiana evidencia de que, dadas las condiciones de vida que todos comparten, todos se encuentran en la misma situación. ¿Cómo no sentirse cerca de quien comparte con nosotros el baño en la fábrica? Ese “cariño” (luv) que sigue siendo la manera más frecuente de dirigirse a los demás, no sólo de la misma clase (como es el caso de los choferes de autobús y dependientes)

³W. Thome, *My Life's Battles*, Newness, 1925.

es muy indicativa, aunque se prodigue de manera automática. Decir que alguien es "como vecino" o "muy sociable" es un gran cumplido; se considera que un club es bueno cuando tiene un "ambiente verdaderamente sociable"; la recomendación más importante para un alojamiento cerca de la playa es que tenga "ambiente sociable", a pesar de que esté atestado. Una iglesia suele calificarse en los mismos términos: "Nuestra Elsie se casó en la iglesia de todos los santos", dirán, al haber seleccionado esa iglesia de entre varias a la redonda, y no la que precisamente les correspondía, "porque es una iglesia muy agradable." La evaluación de una fiesta local terminará con: "Fue una noche sensacional. Todos estaban muy sociables y de gran ambiente." El buen vecino no se limita a "actuar correctamente", sino que debe ser "amable" y estar siempre "dispuesto a ayudar". Si los vecinos de una nueva zona no son suficientemente amables, el recién llegado insistirá en que "no se halla".

El sentido de calor de grupo ejerce gran poder y sigue siendo primordial, incluso cuando las personas han salido, por motivos financieros o geográficos, de la clase obrera. He notado que los hombres que llegan a posiciones importantes por su propio esfuerzo y ahora viven en una casa (comerciantes que tienen una cadena de tiendas; albañiles que ahora tienen su negocio de casas prefabricadas) prefieren irse con la multitud a los partidos de fútbol. Aunque lleguen al estadio en auto, vistiendo un saco de casimir, prefieren seguir yendo a las gradas en vez de a los palcos. Me imagino que disfrutan de revivir la sensación de camaradería que hay en las gradas, así como un comisionado de Su majestad preferirá la barra de los no uniformados en un baile local.

No se trata de un sentido comunitario muy consciente; dista mucho del "compañerismo" que se da en muchos de los movimientos sociales. No llega a tener conciencia de la necesidad de transformar las condiciones de vida de todos gracias a una lucha común, como sucede, por ejemplo, con el movimiento sindical. El sentimiento de comunidad se alimenta principalmente de la certeza de pertenecer irremediamente a un grupo; del calor y seguridad que esta certeza puede dar; de la inmutabilidad del grupo y de la frecuente necesidad de "recurrir a un vecino", ya que no es posible pagar los servicios. Surge del sentimiento de que la vida es dura y de que "gente como nosotros" generalmente obtiene la peor parte. Para la mayoría, no representa la conciencia de perte-

necer al "movimiento obrero". Las cooperativas son hoy día menos importantes para la clase obrera que la pequeña tienda de la esquina. Estas actitudes se expresan en gran número de frases estereotipadas: "Hay que compartir"; "hay que ayudarse unos a otros"; "hay que ayudar al oprimido"; "hay que remar juntos, o nos hundimos" que en su mayoría se dicen sólo en ocasiones especiales, como en ferias y festivales.

La solidaridad se apoya en la falta de visión o de ambición.⁴ Después de cumplir once años, cuando los chicos becados se van a la escuela secundaria, el resto espera con ansias entrar a la vida real que comenzará a los quince; a la vida del grupo de hombres y mujeres mayores que constituyen la fuerza educativa predominante. Una vez que comienzan a trabajar, no existe para la mayoría la posibilidad de una carrera, o de promoción. Los trabajos se expanden horizontalmente, no verticalmente; la vida no consiste en ascender una escalera, ni el trabajo sirve como medio para ascender. Aún se respeta al trabajador manual, pero ni él ni otros semejantes son considerados competidores potenciales. Es una actitud bastante derrotista, que tiene por lema: "tranquilo, [...] no quieras quitarle el trabajo a tu compañero". A pesar de ser bastante susceptibles a sus fallas profesionales, los miembros de la clase obrera jamás mencionan el arribismo, el abuso o el interés por obtener algo a cambio; los "tipos listos" no son de fiar.

Hágase lo que se haga, los horizontes son en general limitados; en cualquier caso, la clase obrera tiene claro que ni el dinero ni el poder los hará más felices. Las cosas "reales" son las de los sentimientos: el hogar y el afecto familiar, la amistad y la capacidad de divertirse. "El dinero no lo es todo", y "no vale la pena vivir si te pasas la vida sudando para conseguir dinero extra". Las canciones de clase obrera generalmente buscan amor, amigos, una buena casa e insisten en que el dinero no tiene importancia.

Hay excepciones, como las que Mathew Arnold satirizó: "No olvides, querido Dan, que deberías tratar de ser un día el gerente de esa empresa."⁵ Hay quienes, ávidos de respetabilidad, insisten en que los chicos "salgan adelante", pasen el examen de admisión, tengan cuidado con su caligrafía, ya que los caballeros tienen "buena letra". También hay hombrecitos de mirada vivaz, a quienes los demás consideran caritativamente como un tanto

⁴F. Zweig, en *The British Worker*, op. cit., p. 182, hace un análisis parecido.

⁵M. Arnold, *Culture and Anarchy*.

enfermos de la cabeza, que “nunca sueltan un centavo”. Aceptan trabajo adicional de noche y los fines de semana, y siempre tratan de ganar unos cuantos peniques extras mientras los demás se divierten. Esta gente no siempre se mueve hacia arriba o hacia afuera de su clase; se mueve inquietamente dentro de ella, amasando las migajas que están a su disposición.

La actitud hacia los solteros probablemente sea una muestra de la tolerancia que se hace extensiva a las excepciones establecidas dentro de un grupo. El soltero de cualquier vecindario seguramente vive con su madre viuda o con la familia de la hermana casada. Es probable que casi todas las noches se le encuentre en el mismo rincón del bar de la localidad, ya que tenderá a ser callado y regular en sus hábitos. Quizá su timidez haya sido la causa de su soltería, pues ciertamente es un ave solitaria, aunque no puede considerarse verdaderamente solitario. El vecindario lo respeta; no se le considera un hombre licencioso y, por tanto, un don Juan potencial. Probablemente figura como el tío inofensivo de edad indeterminada, siempre “muy educado” y “de hablar tranquilo”, que es muy bueno con su madre o hermana. Hay un toque divertido en esta actitud, pues detrás de ella está la idea de que Fulanito ha tenido un poco de temor a tener relaciones sexuales con una mujer. No es manifestación de desprecio, ni se le considera raro o antisociable; simplemente hay hombres que nacen para solteros y forman, por lo tanto, parte del vecindario.

La clase obrera adopta una actitud ambigua con esa minoría que está consciente de sus limitaciones de clase y emprende alguna actividad educativa, para “hacer algo por su clase” o “para mejorarse”. El respeto por el “estudioso” (como el médico o el clérigo) persiste en cierto sentido. Recuerdo que, poco después de haberme ganado una beca, estaba en un club de obreros, sentado junto a un minero soltero. Cuando pagó su bebida de ron con leche caliente, me dio el cambio. Traté de impedirlo, pero me dijo: “Tómalo, muchacho, y úsalo para tu educación. Yo soy como todos los mineros [...], sólo gasto este maldito dinero.” Por otra parte, existe una desconfianza generalizada hacia “los libros”. ¿Qué bien te pueden hacer? ¿Vas a estar mejor (es decir, más feliz) como empleado? ¿O como maestro? Los padres que no aceptan que sus hijos gocen de becas no siempre están pensando en que tendrán que mantenerlos más tiempo; en el fondo, dudan del valor de la educación, al igual que el resto del grupo. La función del

grupo es la de conservar un modo de vida e impedir la inclinación de alguno de sus miembros a hacer cambios, a dejar el grupo, a ser diferente, imponiendo una presión que se manifiesta como conformismo. No obstante, quienes se vuelven diferentes, por educación o por alguna otra razón, jamás son hostilizados. De hecho, la clase obrera es capaz de gran tolerancia en ciertas ocasiones. Claro que es una tolerancia que tiene sus propios criterios y que subordina la aceptación del “desviado” a su aceptación de los valores fundamentales de su clase.

Un grupo de clase obrera se caracteriza por ser bastante cerrado; es posible que se considere que alguien que vive a unos cuarenta kilómetros “no sea del lugar”. He presenciado cómo se rechaza, con crueldad, a un “extranjero”: “¿Ya viste cómo habla?”; “¿de dónde salió?”; “¿quién se cree?”. El temor al “qué dirán” es tan fuerte como en otras clases sociales, pero se da de una manera peculiar, ya que, como los miembros de la clase obrera viven en un universo de horizontes limitados, se interesan sobremanera en la conducta del vecino. Si se le ofrece a una mujer que hace el servicio doméstico llevarla a su casa después del trabajo, ella insistirá en que se le deje a una calle de su casa. “¿Qué imaginarían los vecinos si la vieran llegar acompañada de un hombre?” En general, el grupo no se escandaliza, pues no tiene el prurito burgués de ser mejor que el prójimo; se concreta a observar los hechos. Por esto, emplea con frecuencia frases como: “Un tipo normal jamás haría...”; “es natural que...” Para ser identificado, hay que “actuar como los demás” y evitar las críticas por ser diferente. La sanción, la reprobación o el ridículo son el resultado inmediato de la transgresión a la norma.

Existe lo que se llama “pensamiento de masas”. Si piensas igual que el hombre que está junto a ti, estás en lo correcto. Si no, o si te ven con un libro (en el trabajo), no estás en lo correcto. Es muy difícil hacer frente al ridículo.⁶

Por supuesto que todas las clases sociales caen en cierta uniformidad; menciono esto porque generalmente se considera que la clase media tiene esta tendencia, mientras que la clase obrera está libre de ella. En general, entre la clase obrera se detesta a quienes “se

⁶Frase de un obrero, citada por Reaveley y Winnington, en *Democracy and Industry*, Chatto and Windus, Toronto, 1947, p. 60.

dan humos"; "se sienten la gran cosa"; "caminan mirando al cielo y te ven de arriba a abajo". En cambio, se encuentra divertida a la aristocracia que vive como hace cincuenta años, se admira a un "verdadero caballero", sobre todo si "es una persona sencilla", aunque a todas luces sea de "los otros". Se detesta cordialmente al que se cree superior a los de su clase:

W. PICKLES: Dime, ¿qué es lo que no puedes soportar?

G. FIELDS: A los tipos pretensiosos (*Aplausos atronadores.*)

W. PICKLES: Muy bien: ahora dime a qué gente prefieres.

G. FIELDS: A la gente sencilla (*Aplausos aún más fuertes.*)

W. PICKLES: Ella tiene toda la razón. ¡Salud!, señoras y señores.

A pesar de su origen, Fields y Pickles ya no pertenecían realmente a la clase obrera. Sin embargo, gustaban al público popular porque, a pesar de haber conquistado el gusto de los burgueses, no renunciaron a su espíritu y modales populares. "A los del sur les gustan Fields y Pickles", decían, haciendo referencia al área del país con mayor población burguesa, orgullosos de que el humorismo popular fuera del gusto de la clase media.

Con frecuencia se oye mencionar que la clase obrera inglesa tiene modales más finos que los proletarios extranjeros o que las generaciones anteriores. No cabe duda de que la violencia ha disminuido en los últimos cincuenta años; los actos de brutalidad y de vandalismo que hacían peligrosos ciertos barrios, sobre todo en las noches y en fines de semana, son ahora poco frecuentes. Las riñas callejeras, que obligaban a los policías a hacer sus rondas de dos en dos, han desaparecido. Es muy raro presenciar ahora un pleito a golpes en algún terreno baldío, o una riña de borrachos, o la detención de chicas en algún baile sabatino. Sin embargo, sólo una nostalgia trivial y mal informada puede lamentar esta evolución o sugerir que la disminución de la violencia implica un decaimiento de la vitalidad de la clase obrera. En realidad, esa misma generación que podía ser brutal y ruda a principios de siglo también tenía su lado amable. Pienso, por ejemplo, en mi abuela, quien podía presenciar escenas de una violencia que otros considerarían intolerable y portarse agresiva y grosera. No obstante, era capaz, como la mayoría de sus contemporáneos, de gran dulzura y refinamiento. La "dulzura" que notamos hoy día no es una cualidad novedosa, sino que se ha vuelto aparente porque ahora tiene más posibilidades de manifestarse. Ha necesitado de varias generacio-

nes para expandirse; de siglos en que las tensiones se han atenuado y la clase obrera ha ido saliendo progresivamente de la brutal represión de la autoridad corrupta. Basta recordar los terribles años de hambre de 1840 a 1850 en Inglaterra, o la situación de los siervos rusos del siglo XIX o, la actitud actual del pueblo italiano contra los funcionarios. En Inglaterra, la evolución histórica parece haber enseñado a la clase obrera que no hay que recurrir a la violencia sino como último recurso.

El que se insista en ciertos rasgos de vulgaridad y falta de sensibilidad en la clase obrera no implica que las otras clases estén exentas de ellos, ni que la "finura" de esta clase sea un mito. Pero es preciso restablecer el equilibrio, pues en la actualidad se insiste demasiado en esta "finura". Habría que seleccionar los ejemplos cuidadosamente, a riesgo de incluir una serie de costumbres que no son "vulgares", salvo en la medida en que así les parece a otras clases. Es cierto que el habla popular y los movimientos que la acompañan son más toscos, menos disfrazados con circunlocuciones y matices que los de otros grupos sociales.⁷ Una discusión entre dos obreros se desarrolla con tal vehemencia, que un extraño podría pensar que los interlocutores están a punto de golpearse o que jamás volverán a dirigirse la palabra. Incluso en mi caso, debo controlar mi lenguaje, para evitar malos entendidos con mis interlocutores. Tengo que dulcificar esa expresión espontánea del pensamiento y ponerle sordina a mis "gritos". Ni la frase ni el ritmo del habla popular disponen de modulaciones que utilizan los interlocutores de otras clases. La estructura del habla popular sigue de cerca el movimiento de las emociones, ya se trate de enojo, en una escena doméstica, o de alegría, como sería el caso de los gritos agudos que lanzan las mujeres que van de excursión al mar y que resultan especialmente molestos para los burgueses que toman el fresco en la terraza de su hotel.⁸ Existe una forma de arrogancia que consiste en llamar al pan, pan, y al vino, vino, y que hace que algunos elementos de la clase obrera se ganen el calificativo de brutales cuando se dirigen a personas de otras clases. En fin, a pesar de los cambios recientes, la vida de la clase obrera está siempre mucho más apegada a la realidad que la de otros grupos sociales; ya he descrito la mugre omnipresente, la promiscuidad, las estre-

⁷Tomé este comentario de T.H. Pear, *Voice and Personality*, Chapman Hall, Londres, 1931.

⁸También debo este comentario a A. Briggs.

checes del alojamiento, y no hay que olvidar que las condiciones laborales de los obreros son insoportables por el ruido, la suciedad y el hedor. Todos estamos convencidos de que así es, en forma abstracta; para verlo en la realidad basta pasar frente a una fundidora de Leeds, por ejemplo; frente a esa boca humeante que lanza chispas, o ver cómo, entre continuos martillazos, los obreros luchan contra trozos de hierro candente. Habría que visitar el barrio obrero de Hull, en el que de día y de noche persiste el olor a pescado frito que parece provenir de las casas hacinadas. En nuestra sociedad, todavía hay trabajos para bestias, y es la clase obrera quien los ejecuta. No son precisamente condiciones de vida que favorezcan un ritmo mesurado de conversación o tonos melosos.

Es posible que, debido a esto, uno no se preocupe de la frecuencia de las escenas domésticas enojosas en los barrios obreros. Resulta comprensible que sean parte integral de la vida cotidiana; tampoco es posible ocultarlas, si se vive en casas de paredes delgadas, que dan a una angosta calle. Sería necesario discutir en susurros, y como esto no es un hábito, la reyerta doméstica se hace pública inmediatamente. Los chicos hacen círculo frente a la casa donde "los viejos están a punto de romperse la cara". Si una escena de éstas dura demasiado o resulta excesivamente ruidosa aun para los vecinos, siempre queda el recurso de tocar a la pared o de golpear con el atizador la rejilla del hogar. Esto no implica que la clase obrera haga escenas escandalosas por todo. Algunos pleitos domésticos son especialmente violentos, y hay familias que se caracterizan por ello. Quizá para la mayoría de las familias no resulten extrañas tales riñas, pero esto no afecta la buena reputación del lugar. Las causas son clásicas: la bebida, la división del trabajo doméstico entre las mujeres que viven ahí y, en ocasiones, "la otra mujer". Según mi experiencia, los pleitos más frecuentes son por la bebida, y los menos, por "otra mujer" u "otro hombre". Las situaciones de adulterio que me ha tocado presenciar siempre han estado estelarizadas por un hombre de 35 o 40 años, cuya esposa ya ha perdido su atractivo físico, por lo que él anda en amoríos con otras mujeres. Generalmente la mujer con la que "se ha metido" es casada, de la misma edad que su mujer, y no mucho más atractiva a los ojos de un espectador imparcial. En ocasiones, el desenlace es muy violento, pero también sucede que las mujeres se convierten en amigas íntimas, sin que esto afecte la

relación que cada una tiene con el hombre. La mayor parte de las escenas violentas que presencié no se consideraban escandalosas ni excepcionales. Estas ocurrían en barrios verdaderamente miserables, donde se suscitaban peleas callejeras entre borrachos, o, lo que era realmente alarmante, entre borrachas.

Recuerdo que, en nuestro barrio, los suicidios también eran considerados como algo más o menos común. De vez en cuando se sabía que Fulanita "había acabado con su vida metiendo la cabeza en el horno", que era el medio de autoeliminación más favorecido. Realmente no sé si los suicidios se daban más entre el medio obrero que entre la burguesía; sólo sé que, en el primer caso, era imposible ocultarlos. Todo el mundo se enteraba de inmediato. Un suicidio no se consideraba algo que atañía únicamente a la familia afectada, sino un asunto que tenía que ver con las condiciones de la vida cotidiana. En ocasiones, la causa era que una chica "se había metido en problemas" y, por alguna razón, no podía con el paquete. En otros casos, alguna enfermedad se había vuelto insoportable y las medicinas no parecían surtir efecto; o el suicida estaba desempleado, o muy endeudado. Que el suicidio se considerara algo lamentable, pero exento de culpabilidad, demuestra que se le tomaba como consecuencia del orden social en un mundo hostil.

Las condiciones de vida también explican, por lo menos en parte, la crudeza del lenguaje que caracteriza a los hombres de la clase obrera, sobre todo en ausencia de las mujeres. George Orwell distinguió entre la inmoralidad y la obscenidad de algunos términos; considera, por ejemplo, que los que utiliza la clase obrera para describir funciones naturales son obscenos, pero no inmorales. Por supuesto que existen grados de obscenidad en la conversación entre obreros, y generalmente ésta está plagada de obscenidades gratuitas, reiterativas y pesadas. También existe la inmoralidad, sobre todo en forma de un lenguaje directo en materia de sexualidad que, en primera instancia, habla de una actitud sana y fresca, pero que, al utilizarse indiscriminadamente, también revela falta de sensibilidad. Basta escuchar la interminable narración de aventuras sexuales de un obrero para sentirse abrumado por su animalidad y brutalidad. Cada clase tiene sus propias formas de crueldad y obscenidad; la que caracteriza a la clase obrera es a menudo de una vulgaridad gratuita y degradante.

Cómo sobrellevar la situación: Vive y deja vivir

La vida de los miembros de la clase obrera se apega a una pauta prestablecida y no deja lugar a lo imprevisto: para el hombre, significa un trabajo que no le interesa; para la mujer, años de tratar de que las cuentas cuadren, y para la mayoría, la certidumbre de que su modo de vida no cambiará jamás, o incluso, que no tiene por qué cambiar. La opinión general es que nadie les ha pedido que cambien el mundo, ni que se rompan el alma para transformarlo. Este estilo de vida no da mucho lugar para el heroísmo, y las tragedias no son teatrales o retóricas. Cuando se siente que existen pocas posibilidades de mejorar la situación, sin resentimientos ni desesperación, se acaba por adoptar cierta actitud que permite "irla pasando", sin detenerse a pensar en las posibilidades prohibidas, y convierte las restricciones sociales en leyes de la naturaleza. Estas actitudes, concebidas bajo la forma elemental del fatalismo, no contienen matices trágicos; resultan similares a las de un conscripto que acepta lo inevitable. Sin embargo, no por esto carecen de dignidad.

En su nivel más elemental, se trata de la simple aceptación de que la vida es dura: "así es"; "vivir para ver"; "no hay que darle de patadas al pesebre"; "si tu mal no tiene remedio, ¿para qué te preocupas?"; "hay que tomar la vida como viene". Todas estas frases denotan un callado fatalismo; la vida es así, para la mayoría. Sin embargo, otras frases tienen su lado optimista: "Hay que tomar la vida como viene", tiene su contraparte en: "Al mal tiempo, buena cara"; "menos palabras, más acciones"; "no hay nada nuevo bajo el sol"; "peores cosas han sucedido"; "no hay que perder la esperanza", o incluso "son las pruebas que Dios nos manda", frases con un profundo sentido religioso.

No se trata de un optimismo forzado, sino del sentimiento profundo, en parte estoico, de tomar la vida como viene. T. S. Eliot comentaba que el estoicismo puede ser una forma de arrogancia; negarse a ser humildes ante Dios. El estoicismo de la clase obrera es más un acto de defensa personal, para no tener que humillarse ante sus semejantes. Probablemente los obreros no puedan hacer mucho por mejorar su situación pero, por lo menos, pueden ser alguien. Cuando una esposa ha podido ahorrar un chelín para cualquier contingencia, y dice que se siente "muy feliz", el adverbio le da al adjetivo un valor absoluto.

Lo mismo sucede con la tolerancia; está fundamentada en el sentimiento de pertenecer al grupo, de saber que todos van en el mismo barco. No obstante, esta resignación excluye el fanatismo y el idealismo. Generalmente, las personas de la clase obrera desconfían de los principios que no están basados en hechos. En ocasiones llegan incluso a adoptar cierto "realismo" un tanto agresivo: "menos palabras y más acciones", o "mucho ruido y pocas nueces". La mayoría da por sentado que es mejor mentir, que herir o decepcionar. Quizá esto vaya contra un principio, pero es por algo real. Los principios son abstractos; la gente es de carne y hueso, y es necesario "convivir con ella", sin "meterse en asuntos ajenos". La vida nunca es perfecta; hay que huir de los extremos, ya que en general las cosas tienen su lado bueno y "todo depende del cristal con que se miren". Probablemente uno tenga su punto de vista, pero no es preciso que se lo imponga a los demás. Por otra parte, los puntos de vista nunca son tan importantes como las personas, y no hay que juzgar las reglas sino a las personas "hay de todo en la viña del Señor"; "no hay que pedirle peras al olmo"; "la naturaleza humana siempre será igual".

Tras toda esta concepción subyace la falta de patriotismo, la desconfianza en el gobierno. Quizá las clases medias temían que el autoritarismo pusiera en peligro su libertad, pero la clase obrera también se siente afectada, aunque de diferente manera. En el fondo siente que algo anda mal en los asuntos públicos. Esta forma rudimentaria de internacionalismo coexiste con el antisemitismo, o con un fuerte prejuicio en contra de los católicos (que representan el autoritarismo en su máxima expresión). No obstante, esta intolerancia no se manifiesta con mucha frecuencia, pues el gran mundo de la política suele estar fuera del ámbito cotidiano.

La presión externa para aceptar la realidad está conformada por una complicada maraña, no de ideas, sino de prejuicios que intentan imponer una actitud rígida. Han ido cobrando fuerza con los restos del puritanismo que tanto afectó antaño a la clase obrera y que aún sigue vigente en la vida de la mayoría en lo que respecta a la bebida y, sobre todo, al sexo.

Por un lado, se acepta que el alcohol es parte de la vida diaria, por lo menos del varón, al igual que el tabaco. Consideran "natural" que el hombre necesite su cerveza. Las mujeres beben más ahora que en generaciones pasadas; todavía en mi adolescencia, las mujeres que bebían alcohol eran consideradas "fáciles".

Sin embargo, aun después de que han nacido los hijos, las mujeres no suelen beber mucho; quizá los fines de semana sea cuando "se suelten un poco". La cantidad de bebida alcohólica que le está socialmente permitida a un hombre depende de las circunstancias; existe una escala bastante sutil para determinarlo. A un viudo se le permitirá beber más que a la mayoría, ya que no tiene mujer ni hogar. Una pareja sin hijos puede beber, ya que "no les está quitando el pan de la boca a los hijos", y una casa sin hijos no tiene muchos atractivos. Un hombre con familia deberá ser "moderado" en la bebida. Claro que hay ocasiones: "fiestas, celebraciones, viajes" en las que no está mal visto que se beba en exceso. Es comprensible que ciertas situaciones puedan incitar a alguien a beber. El sistema de referencia es doble: se reconoce el derecho a beber, pero es necesario tener presente que, "si no se controla", vendrá la destrucción total del hogar, simbolizada por la venta de los muebles.

Es este temor a la "perdición" lo que le dio tanta fuerza a la campaña antialcohólica del siglo pasado y de principios del actual. Había abundantes ejemplos de familias que, habiendo vivido con cierta holgura, terminaban comiendo mendrugos, a causa de la "maldita bebida". El presupuesto de un hogar de la clase obrera siempre ha sido muy frágil, por lo cual estas campañas aún seguían en boga cuando era yo muchacho. Cuando tenía diez o doce años, tuve que hacer votos de templanza en las clases de catecismo. Tenía un tío alcohólico, el último en la familia, y creo que cada familia tenía el suyo. Nosotros no cantábamos canciones del tipo de "Por favor, señor tendero, ya no le venda bebida a mi padre", o "Papá, no salgas hoy", o mi favorita, "Mi bebida es como agua clara", que iba más o menos así:

Alegre Dick, si vivieras
en Jackson Row,
sabrías que ahí el vino
es puro y cristalino.

Escuchábamos esas canciones de los mayores, quienes las habían aprendido cuando niños, y entendíamos su significado. Sabíamos que demasiada bebida significaba caer en la miseria, andrajos, preocupaciones, pérdida del trabajo, pleitos cada vez más fuertes y frecuentes. Incluso hoy se suele escuchar a una mujer dar "gracias a Dios que él no bebe". Ya es raro encontrar borrachos

violentos; en general se bebe menos.⁹ En resumen, beber con moderación es aceptable. Una vez que se pasan los límites, que difieren entre las familias, puede sobrevenir el desastre. Por otra parte, el hombre que no bebe resulta un poco raro, y la mayoría de los varones de clase obrera no se sienten muy a gusto sin beber alcohol.

Cuando era yo niño, tenía un amigo, hijo único, que parecía no tener padre. Su madre era costurera; siempre lo traía muy bien vestido y le daba más dinero para gastar que el que tenía la mayoría de los chicos. Iba al cine dos veces por semana y compraba papas fritas con bastante frecuencia. No fue sino hasta la adolescencia cuando descubrí que su madre era prostituta. No podía sostener al hijo únicamente con la costura y, dado que el padre había desaparecido, quería compensar al chico con la superioridad económica que tanto cuenta entre los niños. Mucho de lo que se ha dicho podría explicar por qué le tenía tan sin cuidado vender su cuerpo; lo que deseo señalar es la actitud del grupo hacia ella. Nadie la marginaba, a excepción de unos cuantos, que pensaban que "la vecina les podía dar cierta mala reputación". La mayoría le hablaba y la saludaba como a cualquier otra persona, aunque nunca hubiera pensado siquiera en recurrir a la prostitución para ganarse la vida. "Necesita mantenerse", solían comentar. Comprendían lo agobiante de su situación, y entendían el que algunas personas tuvieran que recurrir a tal solución. "No le daban la espalda" e, inclusive, personas que enjuiciaban el comportamiento sucio o libertino de otros vecinos, jamás emitieron un juicio negativo acerca de esta mujer. Años después, se le unió otra chica de la localidad; la hija menor de una familia de seis, que había sido criada por el padre tras la muerte de la esposa. Los vecinos los criticaban con frecuencia, más por el hecho de que el padre no los alimentaba ni vestía como era debido, que porque la hija se hubiera dedicado a la prostitución.

Poco después trabajé un tiempo de mensajero nocturno en una compañía de transportes, sustituyendo a un vecino. Los grandes

⁹En 1900 se comenzó a manifestar el cambio. Antes de ese año, el consumo de alcohol iba en aumento. Desde la década de 1930 a 1939, el consumo de bebidas alcohólicas per cápita ha bajado en un 50 por ciento, con relación a la cifra de 1900. Véase Prest y Adams, *Consumers' Expenditure in the United Kingdom, 1900-1919 Report of the Commissioners of Customs and Excise, 1951-1952* (Cmd. 8727) y *The Brewer's Almanack, 1953*, p. 89.

camiones llegaban cuatro veces por noche de Newcastle, descargaban y cargaban mercancía, y seguían rumbo a Londres. El resto del tiempo me quedaba solo en las calles del centro, donde no encontraba sino policías, veladores y algunas prostitutas. Mi antecesor me había confiado que una prostituta lo visitaba de vez en cuando después de las once y media, y que se tomaba una taza de té con él. Era una linda chica que de vez en cuando daba "servicio gratuito" en la parte posterior del camión, cuando no estaba demasiado cansada. Yo sólo la vi una vez, y me estuvo hablando del cansancio que sentía en los pies, pero no tenía ninguna vergüenza por su trabajo, e igual hubiera podido vender periódicos, si no lo hubiera considerado tan aburrido. Mi aspecto de estudiante en plena ascensión social no debió de haberle gustado, porque no me hizo ninguna proposición, y nunca regresó. Tiempo después, me la encontré observando los aparadores de las tiendas elegantes. Seguramente tenía buenos clientes: jóvenes de las zonas ricas, viajeros, estudiantes deseosos de probar su virilidad, obreros que pasaban por la ciudad en busca de trabajo. Sin embargo, nunca la vi acompañada. También recuerdo que me habló de su hermana pequeña que hacía teatro y que "era muy bella". Es frecuente encontrar a chicas bellas de la clase obrera entre las artistas de los comediantes de la legua.

No pretendo insinuar, con estas descripciones, que el pueblo de clase obrera sea más libertino que el de otras clases sociales; simplemente quiero indicar que la vida sexual es más abierta y las experiencias suelen ser más tempranas y fáciles que entre las demás clases.¹⁰

Coexisten estas actitudes, como lo indican las encuestas sociológicas, junto a una gran timidez para hablar abiertamente del tema o de ciertos aspectos de la vida sexual. El pudor popular se ofusca ante la desnudez del cuerpo, incluso al momento de hacer el amor, y manifiesta un rechazo instintivo por los refinamientos del erotismo. Incluso en la actualidad, las familias de la clase obrera no dan educación sexual a sus hijos, a sabiendas de que la calle se encargará de hacerlo. Sin embargo, no es el único motivo; quizá se deba, en parte, a que no saben cómo hacerlo; no se sienten capaces de manejar el tema y, por lo tanto, prefieren que el conocimiento les vaya llegando de manera incidental, a través de proverbios y

¹⁰El Informe Kinsey corrobora mis observaciones al respecto.

dichos. Esta vergüenza de hablar del sexo se aplica tanto al hombre que no tiene empacho en contar sus aventuras sexuales entre sus amigos, como a la esposa.

Alrededor de los diez años, los niños, especialmente los varones, aprenden de los chicos mayores. El énfasis se da, inevitablemente, en el goce de la experiencia sexual y en los terribles peligros, especialmente en las etapas tempranas, de la masturbación. Para muchos, esto conduce muy pronto a la experiencia heterosexual, aunque obviamente aquí existe una gran diferencia entre el chico de la clase obrera y el que está en escuela privada, donde vive entre varones hasta los diecisiete o dieciocho años. Desde los trece años, el muchacho de clase obrera hablará de sus aventuras. Al llegar a los dieciocho, los que lo desean pueden tener mucha actividad sexual. Un grupo de albañiles con el que trabajé durante unas vacaciones de la universidad, rápidamente me sacaron la información de que era virgen y me comenzaron a tratar, aunque amistosamente, como menos hombre, o como a un monje dedicado más a los libros que a la religión. Todos hablaban de sus frecuentes relaciones sexuales, aunque estoy seguro que exageraban. Los hombres casados también participaban de buena gana en la charla y a menudo se lamentaban de la pérdida de su libertad.

No es fácil resumir la actitud de estos hombres en relación con una vida sexual tan anárquica. Claro que debo añadir que, por supuesto, existen hombres que se salen de este cartabón. Tienen poco sentido de culpa o pecado con relación al sexo; hacen mucha alharaca, pero creo que se debe a que en el fondo se sienten perdidos en el anonimato de la gran masa urbana. No se trata de que estén haciendo alarde de inmoralidad, como sucedía con algunos grupos de los años veinte, aunque sienten que los "descubrimientos científicos" le han dado cierta legitimidad al asunto, y lo han facilitado. No son salvajes amorales que se regodean en una isla desierta desconocida para Melville. Acceden a la vida sexual con facilidad, pero no se complacen en ella, como algunas versiones urbanas de los bucólicos de T. F. Powys, o como si fueran la versión contemporánea de las bacanales. En muchos casos, la actitud hacia la promiscuidad sexual viene de tiempo atrás, y tiene que ver con cierto ánimo de descubrimiento. Generalmente, ésta cesa después del matrimonio o, por lo menos, no parece interferir con el equilibrio de la relación de pareja.

A riesgo de incurrir en un error romántico, tengo la impresión de que las chicas no caen con tanta frecuencia en esta conducta

promiscua. Son unas cuantas las chicas que se prestan para las experiencias sexuales. Quizá esto se deba a que ellas tienen más que perder, ya que "las pueden arruinar". Lo que me resulta sorprendente es que haya tantas chicas a quienes esto no les preocupe y que se conserven ignorantes sobre el sexo y su aire de inviolabilidad característico de una chica de clase media de principios del siglo XIX. Es maravilloso cómo, sin ningún problema aparente, muchas pueden caminar en medio de las insinuaciones de los chicos vecinos y de las charlas en el trabajo y llegar al matrimonio intactas física y mentalmente. Son los casos de quienes "se reservan para un hombre", sin que esto tenga una connotación de cálculo interesado.

Por tanto, mi experiencia sugiere que la mayoría de las chicas no pasan de hombre en hombre, adquiriendo experiencia, sino que comienzan a salir muy jóvenes con quien más tarde se casarán. Hay algunas que "se meten en problemas" desde los 15 años, pero son la excepción. Otras quizá tuvieron alguna experiencia sexual previa al matrimonio, pero con el mismo chico con el que después se casaron. Esto no se debe a que hayan estado muy cuidadas; desde los 16 años, la familia las considera adultas, aunque ignoren todo lo relativo al sexo. La relación con el novio es más bien romántica; pero si él la presiona, es probable que tengan relaciones. No es muy frecuente que él tome precauciones, ya que también es bastante inexperto. Si la chica se embaraza, la boda se celebra más pronto de lo previsto; pero generalmente la joven no se siente mal por ello. Tengo la impresión que las chicas que pierden la virginidad antes del matrimonio lo hacen con el muchacho al que quieren, más que por un intento deliberado de "divertirse".

Por regla general, desde el momento en que comienzan a "andar en serio", los novios permanecen fieles uno al otro. Las chicas no tienen la sensación de hacer nada malo si hacen el amor antes del matrimonio. Además, pronto se convertirán en buenas esposas y amas de casa, como sus madres. Mientras tanto, pueden pasarla bien un rato. Después de todo, "no le hace daño a nadie y es muy natural, ¿verdad?"